

SUBJETIVIDAD REDES SOCIALES

ESPECTROS EN EL LIENZO DIGITAL: UN MARCO PARA LA CONFIGURACIÓN Y DES-CONFIGURACIÓN DEL YO

(Rev GPU 2019; 15; 1: 28-36)

Felipe Agüero¹

En mí existías..., y observa esta imagen,
que es la tuya, porque ¡al matarme te has
asesinado a ti mismo!

EDGAR ALLAN POE, 1839

Yo es otro.
RIMBAUD, 1871

Este trabajo reflexiona sobre los dinámicos procesos de subjetivación en el espacio digital y cómo estos pueden ser facilitados o entorpecidos por las características de la socialización propuesta por las redes sociales. Estas plataformas ofrecen un espacio en donde se puede jugar con proyectar una imagen del sí mismo y ser validada por otros o, por lo contrario, verse en la imposibilidad de habitar esa imagen, entorpeciendo, de esta manera, una posible configuración del Yo. Es en estos complejos entramados de la producción subjetiva que este trabajo pretende vagar, pensar y especular acerca de ciertas facetas de la socialización digital contemporánea

INTRODUCCIÓN

La llegada de internet inauguró lo que algunos han llamado la “cuarta revolución” dando inicio a una era en la que la información asume un rol preponderante. Estas nuevas tecnologías, capaces de trasladar información con un flujo masivo y a una velocidad nunca antes vista, transformaron nuestros modos de relacionarnos

con el entorno. En esta última década los dispositivos receptores y emisores de información, tales como los teléfonos inteligentes, invadieron nuestro cotidiano y se volvieron rápidamente omnipresentes e indispensables. En paralelo a estas innovaciones, no solo se fue facilitando el tránsito de información sino, también, se presentaron, a través de las redes sociales, nuevas y complejas modalidades de socialización.

¹ Psicólogo clínico UAH. faguerop@gmail.com

A raíz de estos cambios existe hoy un nuevo ritual contemporáneo propio de una antropología digital: la inserción del adolescente en el espacio digital a través de la posesión de su primer Smartphone. Muchos de esta población juvenil nacieron rodeados por estas tecnologías y crecieron observando a adultos portando permanentemente estos objetos, quedar absortos o convocados por ellos, distinguiendo que ahí se da una relación de objeto privilegiada. Desde un punto de vista económico, se observa una fijación libidinal generalizada al smartphone, el cual sirve como continente para la circulación de objetos estéticos que estimulan el deseo. Recibir este dispositivo se convierte, en ese sentido, en un ritual de iniciación, un hito propio del ciclo vital contemporáneo. Representa el paso a una nueva etapa en la cual se vehiculizan expectativas de completitud. Desde los postulados de Lacan (1966), la ilusión de poseer el “falo”, la posibilidad de acceder a lo que moviliza el deseo de otros.

Las plataformas sociales digitales fundan, de esta manera, un espacio inédito para el esparcimiento prometen nuevas posibilidades de desarrollo, de estar conectados con otros y el mundo. Las diversas modalidades de interacción ofrecidas son numerosas, siendo una de estas las “apps” llamadas redes sociales. A su vez, cada una de ellas facilita una plataforma que debido a sus características propias establece sus reglas de ser, existir y vincularse en ellas. El smartphone es el dispositivo por excelencia que permite el acceso a estas dimensiones sociales y resulta hoy en día difícil conocer una persona que no se vincule por esta vía. No tener un dispositivo que nos permite conectarnos a internet y navegar por sus diversos mundos de posibilidades es hoy un factor de exclusión. El imaginario social inviste a este objeto con un valor fundamental y entrega la posibilidad de ser socialmente participativo. Promete, además, un potencial de crecimiento personal, social, laboral, económico, de consumo, informacional, etc.

Este escrito se presenta como una aproximación a un tema que resulta asombrosamente complejo, por lo que trazará caminos tentativos y generales. A continuación trabajaré en torno a ciertos postulados psicoanalíticos que nos permitirán, en un primer tiempo, caracterizar y circunscribir las redes sociales como un espacio potencial para la producción, transformación y configuración del yo, particularmente desde sus promesas de emancipación.

En un segundo tiempo reflexionaré en torno a ciertas circunstancias en las que estos espacios digitales resultan inhóspitos para el desarrollo psíquico de sus usuarios. Los procesos de configuración del yo a través de sus mecanismos de proyección, introyección, desdo-

blamientos disociativos que potencian las mutaciones psíquicas se ven interferidos y favorecen la escisión expresándose de diversas formas.

El cierre de este trabajo girará en torno a ciertas breves consideraciones acerca del estatuto de la intimidad en la actualidad.

PROYECCIONES SOBRE EL LIENZO DIGITAL

He hecho referencia, en el título, a la idea de espectro digital. La palabra espectro viene del latín *spectrum* (imagen). Proviene del verbo *specere*, el cual se relaciona con mirar y observar. Es también el origen de las palabras especular y especulación. Hace además referencia a un fantasma, una figura irreal, imaginaria o fantástica que alguien cree ver.

Estas definiciones nos pueden llevar por diversos recorridos. La imagen (*spectrum*) pertenece de alguna forma al orden de la proyección, es decir, el hecho de proyectar el reflejo de una imagen sobre una superficie. Las redes sociales son similares a un lienzo, un “espejo negro” haciendo referencia a las pantallas de los smartphones, computadores, etc. (“Black Mirror” es un concepto que proviene de una popular serie televisiva que trata temas asociados al ser humano y su relación con las nuevas tecnologías). Si la imagen tiene una connotación especulativa es porque lo que se proyecta sobre el lienzo sugiere intentos de figuración de algo que aún pertenece al orden de la insinuación, de lo incierto.

Para los pueblos primitivos la sombra era equivalente al alma humana, lo que daba nacimiento a un doble misterioso. Esta se personificaba en la sombra. Se objetivaba de esta forma mucho antes de que el hombre se pudiese ver en un espejo. Es a través de esta proyección que pudo aprehender la imagen de su cuerpo y la primera circunstancia en la que aparece la figura del doble (Rank, 1932). Dicha figura aparece en numerosos trabajos literarios, cada uno de los cuales se aproxima al tema de diversas maneras. “El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde” hace referencia a la escisión radical del yo y trae consigo el cuadro popularmente referido como la doble personalidad. “El retrato de Dorian Gray” es también una hermosa obra que nos da a reflexionar sobre la importancia de la estética en la configuración de los ideales del yo, además de la metáfora de un proceso de disociación psíquico en la medida en que aspectos rechazados del yo quedan proyectados sobre el lienzo en el cual quedó retratado el protagonista. Este se asegura de esconder el cuadro, testigo de su envejecimiento, de la distorsión de su figura causada por sus excesos y sus pecados. Aquí lo íntimo, lo profundo y genuino quedan

relegado a otra escena. A una pieza oscura que encierra a llave su sombra y la aleja de la mirada del otro.

En la novela de Jenaro Prieto, *El socio* representa un yo potencial del protagonista Julián Pardo, quien encarna un ideal del yo que busca compensar sus inseguridades ante los demás. Esta ingeniosa invención adquiere paulatinamente una vida propia además de un mayor protagonismo ante los ojos de la sociedad, estorbando sus proyectos, controlándolo, perdiendo así la autoría sobre su propia proyección espectral.

Y por último, mencionar *El adversario*, escrito por Emmanuel Carrère, libro basado en un caso real en donde el autor establece una relación epistolar con Jean-Claude Romand, persona que durante 18 años le mintió a todos sus cercanos confabulando una vida ficticia y que terminó matando a sus familiares ante la inminente caída de la fachada de su doble.

Apreciamos, a partir de estos ejemplos, diversos modos en que el yo se relaciona con estas proyecciones especulares. Son fuentes de posibles ampliaciones de la experiencia, de la mutación y conformación del sí mismo, pero también de su desencuentro, de su desconocimiento. En algunos casos, de un doble que juega en contra, hostigando, pisando los talones, y en el peor de los casos, convirtiéndose en un asesino que confundido por los espejismos intenta acallar la discordia psíquica. Estas referencias muestran también la importancia que asume la mirada del otro, como la mirada de una madre que cumple su función de espejo, que devuelve y otorga la posibilidad de ser (Winnicott, 1971).

Desde el psicoanálisis, Lacan (1966) conceptualiza la asunción del yo a partir del estadio del espejo. Es una fase a través de la cual el infante, que hasta entonces solo percibía su cuerpo de forma parcial, se observa por primera vez, mediante el imago reflejado, de manera completa. Esta experiencia es vivida con júbilo y asume un carácter de fascinación, es decir que a su base conlleva el germen del encantamiento. "Pero el punto importante es que esta forma sitúa la instancia del yo, aun desde antes de su determinación social, en una línea de ficción, irreductible para siempre por el individuo solo;" (Lacan, 1966, p 100). Este proceso cumple la función de una identificación en la que un sujeto asume y se subsume a una imagen. "...prefigura su destinación alienante" (Lacan, 1966, p 101). Este procedimiento estructurante permite configurarse como una unidad al enlazarse con una exterioridad imaginaria. Es también el momento en que uno pasa a ser otro para sí mismo generando así una disociación y una inestabilidad fundacional. Posteriormente el ingreso a la cultura a través de la situación edípica dejará al sujeto mediado por el deseo del Otro, es decir,

en una posición simbólica específica dentro del orden social.

La aproximación a la configuración del yo a través de la sombra, el doble, el espectro que se proyecta en el caso específico de este trabajo en el lienzo digital propuesto por las redes sociales, hace ineludible el carácter extímico de este acontecer. Puede ser entendido como el proceso por el cual fragmentos del sí mismo se exponen al otro para ser validados. Se apoya en el deseo de encontrarse a sí mismo a través del otro. En este caso, se desmarca de la proyección defensivamente que cumple el propósito de depositar aspectos del sí mismo fuera y así desentenderse de ellos empobreciendo el trabajo de integración del yo. Más bien expone aspectos no develados que buscan el reconocimiento de su originalidad (Tisseron, 2011). Existe, en este proceso, un aspecto de lo especular en cuanto a su condición incierta que a su vez se solapa con aspectos inconscientes de tales proyecciones. Estas manifestaciones son, en parte, del orden de "lo sabido no pensado" (Bollas, 1997) pero también de lo no sabido por conocer. Forman parte de la esfera de la intimidad, territorio opaco y desconocido por el propio sujeto (Wajzman, 2010) que podrán ser gestados a través de este complejo juego intersubjetivo.

La comunicación de fragmentos del mundo interno busca, al exteriorizarlos, elaborarlos para reapropiárselos con una nueva modulación ofrecida por la reacción expresada por otros. Es un acto exploratorio que tantea si lo que se muestra, lo que se piensa y lo que se siente es validado y comparte las referencias del entorno (Tisseron, 2001).

Estos movimientos impulsan y le dan vida a los trazos y bosquejos que le van dando forma a la producción subjetiva puesta en marcha, la cual intenta conformar una unidad (o un diálogo flexible e ininterrumpido entre sus partes al no verse estorbado por los mecanismos de defensa) al enlazarse con estas exterioridades, primeramente, imaginarias, pero que luego se enmarcan simbólicamente gracias a la paulatina adquisición de una posición en el marco social y cultural. Resulta imprescindible sostener que la mutación y la movilidad del psiquismo son, a mi parecer, paradójicamente fuentes de sufrimiento, pero también de profundas satisfacciones, y esto desde los primeros albores de la existencia. Las proyecciones adquieren el estatuto de objeto para el sí mismo en consonancia con la relación establecida con el objeto externo (el interés puesto aquí especialmente en su función de espectador) cumpliendo una función estimulante para el dinamismo psíquico.

Bollas (1997) hace referencia al objeto transformacional. Es "la experiencia subjetiva primera que el

infante hace del objeto" (Bollas, 1997, p 30). Este objeto impacta y transforma sus experiencias tempranas. Es "sabido" no tanto a nivel de una representación, pero primeramente a nivel existencial. Especifica que son los ritmos los que plasman la naturaleza de la relación más que las cualidades del objeto. No surge desde el deseo, sino desde la percepción del objeto con su función transformadora. Las personas luego van buscando objetos que cumplan con la función de transformar al self. La madre altera permanentemente el ambiente con el fin de satisfacer las necesidades del infante. "Cuando el infante crea el objeto transicional, el proceso transformacional se desplaza de la madre-ambiente (donde se originó) a innumerables objetos-subjetivos" (Bollas, 1997, p. 31).

En la vida adulta las personas experimentan profundas relaciones con ciertos objetos. Vivencian una fusión con ellos, procesos que representan una reminiscencia de estados del yo asociadas a una etapa temprana de la vida psíquica. No son representaciones sino sensaciones psicósomáticas de fusión, memorias del objeto transformacional. Representan objetos sagrados ante los cuales el sujeto adopta una actitud reverencial debido a su supuesta posibilidad de generar profundos cambios tanto internos como externos (Bollas, 1997). "En la vida adulta, en consecuencia, buscar el objeto transformacional es memorar una experiencia objetual temprana, recordar no cognitiva sino existencialmente –en una experiencia afectiva intensa– un vínculo que se identificó con experiencias transformacionales acumulativas del *self*" (Bollas, 1997, p. 33).

El smartphone y las potencialidades de las redes sociales gatillan, a mi parecer, memorias de un objeto transformacional. Este dispositivo es un portal con cualidades mágicas, omnipotentes y omniscientes. Los sistemas operativos son la estructura que ordena, aproxima, transforma, presenta el objeto y amortigua la intrusión de una realidad frustrante. En este sentido, otorga un sentimiento de seguridad y estabilidad al yo a través de una experiencia de ilusión omnipotente no internalizada. Sostiene un carácter extímico (por lo que no se introyecta como cualidades de un objeto transformacional). Revirtiendo la célebre aseveración de Winnicott, no se crea el pecho, solo se descubre a través de un sistema operativo externo. Cumple la función de un yo auxiliar, de una madre ambiente de la cual el sujeto no se puede separar. En ciertos casos el resultado consiste en una profunda dependencia al objeto y la necesidad de su presencia permanente: una "madre" fetichizada.

Es, sin embargo, en este espacio intermedio que cada cual busca un diálogo con un ambiente dócil, fácilmente controlable para incidir en este, empaparlo de

sus objetos subjetivos y dar cabida a su idioma personal. Una experiencia con un objeto transformacional puede permitir el reconocimiento interior de una necesidad de reparar un aspecto del yo. En un ambiente poco transformacional el objeto no sería vivido bajo la internalización de posibilidades de uso del objeto. Solo se viviría bajo el paradigma de reglas de existencia que impuso el objeto.

Lo transformacional insinúa el germen de una fuente creativa para el idioma personal del sujeto en la posibilidad de saber usar al objeto. Sin embargo, si esto queda circunscrito en el plano de la proyección imaginaria y de la validación extímica, se corre el riesgo de quedar atrapado en una permanente exigencia de narcisización.

Bauman (2014) señala que la población juvenil actual no busca la configuración de una identidad (una estructura coherente y estable propia de la modernidad). Más bien desea poder reconfigurarla cada vez que algo lo haga necesario. "Las identidades deben ser *desechables*; una identidad insatisfactoria o no del todo satisfactoria, o bien una identidad que delate su edad avanzada al compararse con las identidades "nuevas y mejoradas" disponibles en el presente, tiene que ser *fácil de abandonar*: quizá la biodegradabilidad sea el atributo ideal de la identidad más deseada" (2014, p 46).

Esta problemática se enmarca en la discusión sostenida por el psicoanálisis acerca de las modalidades del psiquismo en la posmodernidad. Se libera el self de toda determinación histórica o estructural y se desdibuja la concepción moderna acerca de la subjetividad. La producción de subjetividad surge en contextos cambiantes, es perspectivista y se da en dinámicas intersubjetivas que van impactando y reestructurando la relación con la subjetividad, los deseos inconscientes y los procesos interpersonales (Elliott y Spezzano, 1996).

Bajo las condiciones de la posmodernidad los sujetos se encuentran flotando y suspendidos en un espacio-tiempo abierto y no delimitado, constituyéndose y reconstituyéndose permanentemente en relación con diferentes configuraciones de experiencias. Esta postura emerge como un rechazo radical a las demarcaciones modernistas entre hechos y ficción, realidad e imaginación, Yo y no Yo (Elliott, 1995).

El lienzo digital promueve un contexto dinámico en donde se posibilita lo que ya anticipaba Warhol citado por Wajcman (2010): "En el futuro, cada cual tendrá sus quince minutos de fama mundial". Esta posibilidad de exponerse para reconfigurarse se apunta a la lógica del falo en la medida en que nos muestra el sin sentido del deseo. El falo es una incógnita, que puede tomar variadas formas y que en su reverso simboliza

una falta. La búsqueda en lo imaginario a través de proyecciones intercambiables y desechables cumple la función de un manto que intenta cubrir esa expectativa transformacional. Surge la ilusión de lo transformacional en la búsqueda del objeto y de su consecuencia: la mutación psíquica.

Antes de concluir esta primera parte, resulta necesario hacer brevemente referencia al consumo. La lógica del capitalismo neoliberal se inmiscuye en cada rincón de las relaciones digitales e incide en la producción subjetiva. Internet, los dispositivos tecnológicos y las redes sociales han sido plataformas privilegiadas para sostener las prácticas y discursos capitalistas que buscan el consumo. "Hoy la principal tarea de la 'socialización' (la preparación para la vida conforme a las normas sociales) consiste en provocar/facilitar el ingreso en el juego de las compras, así como incrementar las oportunidades de permanecer en el campo de juego evitando la amenaza de la exclusión" (Bauman, 2014, p. 44).

Dessal (2014) plantea al respecto, y tomando como ejemplo las recurrentes actualizaciones de los smartphones, que la frustración que impone el objeto de consumo representa una dinámica inseparable de la lógica del mercado y que explica el éxito de ese sistema económico. El deseo no se contenta nunca con su objeto. La frustración lo encamina en una búsqueda que solo le facilita una satisfacción parcial. No es solo un efecto del sistema económico, sino que toca aspectos fundamentales del sujeto. Tiene relación con la función del objeto en la dinámica psíquica. "De allí que el objeto de consumo actual, programado no solo para caducar en su materialidad física sino fundamentalmente en su valor imaginario de fetiche, es el señuelo ideal para ofrecerle al deseo, puesto que posee la propiedad mágica indispensable: una exacta mezcla de placer y decepción que garantice la fidelización del sujeto al espejismo del consumo" (Dessal, 2014, p. 62).

He insistido, en esta primera etapa, en las posibilidades que ofrece el lienzo digital para configurar y transformar el yo a través de proyecciones espectrales que se presentan como objetos a los que se les arroja el potencial de ofrecer ilusiones de futuro para el idioma personal. Son lo que podemos identificar como nuestras huellas digitales. Es una manera de apelar y recordar el carácter de intimidad y familiaridad que se devela en nuestras actividades en el lienzo. Por otro lado, insistir en la intrínseca necesidad de la pulsión de expandirse y encontrar expresiones potenciales es lo que puja permanentemente y que lleva a la germinación de lo imaginario como un modo de huir de la angustia primaria de la no representación psíquica. A continuación reflexionaremos en torno a ciertas constricciones

sociales que inciden en las relaciones que se establecen con estas plataformas. Veremos que estos espacios se pueden volver inhóspitos para la configuración del yo y que pueden en ciertos casos pujar hacia su escisión y la ruptura del esfuerzo de cohesión del psiquismo.

EL LIENZO DIGITAL: RETRATO CALEIDOSCÓPICO DE UNA MULTITUD

Cuando las redes sociales posibilitan fenómenos transicionales y transformacionales, el sujeto le da vida a proyecciones que permiten que ciertos espectros salgan paulatinamente de la sombra. El otro puede especular en torno a estos nuevos objetos ofrecidos que, a su vez, movilizan su propia vida psíquica. Se co-construye, a través de la comunidad internauta, un espacio potencial, abriendo posibles futuros y estimulando movimientos extímicos múltiples creados por los ecos de las proyecciones que van retumbando sobre los diversos soportes. Se producen retratos caleidoscópicos de un inconmensurable dinamismo.

Los procesos extímicos son en gran parte inconscientes. Dada la opacidad, para el propio sujeto, de los fragmentos proyectados, podemos figurar y asociar esta práctica al accionar de los murciélagos, que en su condición de ciegos e inmersos en la oscuridad expanden sus ondas para ubicarse. El espectro cumple la función de un sonar que a través de los ultrasonidos queda a la espera de los ecos producidos por la socialización de estos fragmentos potenciales del yo.

Las personas buscan espacios de las redes sociales en los cuales se puede asegurar que el otro será un agente de validación por compartir el mismo marco normativo (Tisseron, 2011). Sin embargo, dependiendo de la utilización y del tipo de espacios en los que se navega, las redes sociales pueden convertirse en un terreno que transita por "fuera de la ley". Un limbo sin referentes en donde el anonimato o la impersonalidad otorga impunidad. Da rienda suelta a goces narcisistas que desconsideran al otro y que, por otro lado, transforman el objeto en el receptáculo de sus pulsiones agresivas.

Las redes sociales son también vehículos para los ideales sociales que en vez de ofrecer un espacio potencial y transformacional obligan a sus usuarios a responder con el costo de su subjetividad a sus imperativos. El lienzo no siempre permite un juego de proyecciones tentativas que buscan la aceptación y validación de la propia originalidad. Se transforma en un panóptico digital que permite mostrarle al otro que se cumplen a cabalidad las normas reproduciendo los discursos imperantes. La ironía se da en la medida en que el usuario supone usar las redes como objeto transformacional

cuando en realidad se está subsumido a ideales de libertad y felicidad. En nuestras sociedades coexisten la noción de libertad y coacción. Pensamos emanciparnos cuando en realidad nos estamos autoexplotando (Chul-Han, 2016).

A su vez, las redes sociales se encuentran en intrínseca relación con la lógica de la transparencia. Uno de sus ejes centrales es el solapamiento del espacio público con el espacio de lo íntimo sosteniéndose a imperativos sociales, comunicacionales e informacionales que empujan los sujetos a la sobreexposición como nueva condición de ser. Esta cultura aviva la divulgación de los sentimientos, las emociones más íntimas y favorece una comunicación que se acerca cada vez más a la confesión. Desmantela el lugar de la máscara y las apariencias (Chul-Han, 2016) por lo que pierde su anclaje en lo simbólico. Rompe, de esta forma, con los procesos dialécticos y hermenéuticos. Tomando como metáfora el mito de la caverna de Platón, Chul Han nos invita a pensar en este como un teatro, un juego de sombras, de representaciones de la realidad, de un escenario ilusorio, un mundo perteneciente a la narración. En la sociedad de la transparencia, la luz ilumina plenamente la caverna y la narración se pierde. Aparece ahí una nueva relación con los acontecimientos basada en la información que remite al mundo del conocimiento. Es una luz con pretensiones de mostrar la verdad, que ofrece datos y “despoja al mundo de su carácter narrativo” (Chul-Han, 2016, p 75). Esta necesidad de verdad que lo tiene que iluminar todo no permite el no saber, y eso mismo implica que la base de la sociedad de la transparencia se fundamente sobre la sospecha y la desconfianza.

La condición de la comunicación que se independiza del mundo de lo material crea mundos alternativos y permite o condiciona una lógica de la proyección. El sujeto existe en una posibilidad nueva que se proyecta y supone su nueva liberación, su modo de validar su existencia. Resulta que esa misma posibilidad de proyección alberga a la vez un espacio coercitivo por obligar al rendimiento comunicativo, por el hecho de autoexponerse a la vigilancia. En esta comunicación y existencia a modo de proyección Chul-Han (2014) plantea que el sujeto es “tan solo el eco de sí mismo. No hay significaciones sino allí donde él se reconoce a sí mismo de alguna manera. El mundo se le presenta solamente como modulaciones de sí mismo” (Chul-Han, 2014, p. 90) en detrimento de la relación con la alteridad. El cuerpo se cosifica y se expone. Se busca su optimización por esta vía, lo que convierte la exposición en la explotación de sí mismo (Chul-Han, 2016).

Es el “final de la mirada” (Chul-Han, 2016, p 33). Se desvanece, en el imperativo de la transparencia, el

ejercicio de una contemplación estética que se sustenta en un proceso que demora. Es una mirada que observa al objeto, desde un sujeto que intenta desimplicarse en ese acto, es decir, de un yo que media su sí mismo para dejar emerger al otro.

Resulta necesario observar desde aquí los efectos de un campo social digital que se establece potencialmente como impersonal cuando el sujeto se ofrece como objeto ante la mirada del otro. Puede sostener una excesiva exposición ante una masa movida por pulsiones que buscan satisfacciones egoístas. No siempre el lienzo digital ofrece una membrana protectora y la posibilidad de descarga de las pulsiones que dejan de ser mediadas por el yo en la medida en que favorece fenómenos de masa. Un proceso tan importante para el desarrollo del self y tan íntimo puede verse interferido si no encuentra posibilidades de validación a través de un ambiente empático.

Revisemos, a continuación, situaciones como el acoso cibernético, que dificultan los procesos de personalización y que, por lo contrario, ofrecen más bien tierra fértil para la manifestación de fenómenos en donde el yo queda escindido. Entender la ilusión de completitud imaginaria, los procesos extímicos, los allegamientos al objeto, la represión secundaria producto del complejo de Edipo y el ingreso a la cultura como ejes centrales de la conformación del yo, implican caracterizar esta instancia en su permanente búsqueda de integración y diálogo con sus partes disociadas. Esta comprensión supone soltar los ideales modernos de un yo unitario con una conformación estable e inamovible. Las redes sociales son un espacio privilegiado para ver los desdoblamiento de aspectos del yo, sus proyecciones e introyecciones, el juego con su disociación constitutiva y sus expresiones inconscientes plasmadas en el lienzo, pero también su figura en los procesos de fragmentación y escisión como respuesta a funcionamientos basados en la desmentida.

El empuje a la sobreexposición tiene por efecto la proyección de fragmentos del yo que pertenecen a un área de excesiva intimidad. Desde Winnicott (1960), se pueden entender estos fragmentos como partes del self verdadero y de sus objetos subjetivos que no siempre se encuentran lo suficientemente protegidos por un self falso maduro, flexible y concientizado por el sujeto. Es decir, un self falso que no se confunde con la totalidad de la personalidad. El otro, del cual se espera una función de reconocimiento de los aspectos proyectados, puede rechazar, desvalorizar las tentativas de desarrollo y aprobación del idioma personal singular que se expone. Además de ocupar el lugar del juez que sanciona, se convierte, a partir de sus propias proyecciones, en

un usurpador que violenta desde la imposición de sus interpretaciones. Se transforma en autor de aspectos de un yo que le es ajeno, desmarcándose de la posición que implica una mirada contemplativa. Al ser las plataformas de las redes sociales una ventana a la multitud es un grupo, una comunidad la que puede apropiarse y contribuir en dicha autoría. El peso de la determinación social en este caso es enorme. No son, únicamente, por lo demás, mecanismos implícitos de instituciones que reproducen el orden social a partir de ciertos ideales. Son interpelaciones explícitas, directas, no mediadas. Se coloniza, de esta forma, el espacio y el derecho de cada sujeto a descubrirse en un ambiente sostenedor y facilitador que no viola las legítimas experiencias de omnipotencia del sujeto. Lo íntimo, haciendo referencia a las relaciones profundas, al inconsciente dinámico, a impresiones de la primera infancia, pero también a la herencia arcaica proveniente de fantasías filogenéticas (Freud, 1938), representa un esfuerzo de trabajo en la medida en que es un aspecto del sí mismo desconocido por el propio sujeto (Wajcman, 2010), que consigue su revelación en un juego de integración y de no integración permanente.

El espacio digital permite satisfacer necesidades de un impulso vital transformacional desde la posibilidad de un juego creativo, un espectro, una figura irreal que nace en un espacio que desafía la percepción de la realidad. Este espacio permite sostener un funcionamiento en paralelo que, creo, es del orden de la desmentida, que no pronuncio desde su vertiente patológica, pero como un aspecto del funcionamiento del yo. Recordemos que Freud (1938) amplía el uso de este mecanismo reconociéndolo como parte del funcionamiento neurótico y no únicamente perteneciente a los funcionamientos psicóticos y perversos desde el fetichismo. Es un “como si” que se da en la medida en que simultáneamente el yo reconoce y desconoce aspectos de un mundo que tiene por un lado una realidad digital y, por otro, la realidad propiamente tal. Prefiero no usar el término falso self porque no tiene relación con la idea de lo falso como no verdadero o imaginario en el sentido de la ilusión fascinante que ofrece lo especular. Es el espacio de la imaginación, de la fantasía y del juego propio de un yo que forma compromisos con las diversas instancias. Desde el decir de Winnicott (1971), es un espacio paradójico que no debe ser cuestionado. Estas posibilidades de interactuar en diversas realidades a la par con los fenómenos de desmentida permiten negar aspectos propios de la castración. Pero cuando se cuestiona la paradoja y cae el telón las redes sociales se transforman en un territorio propicio para la retaliación y el castigo.

En el acoso cibernético, práctica común observable en las redes, la víctima es objeto de las proyecciones de otros, quienes se apoderan y parcializan la construcción social del joven, situación que acontece además bajo el escrutinio público, el cual participa activa o pasivamente, colaborando en la cristalización del proceso. El rechazo a los intentos para esbozar y darle forma a aspectos del yo implica un proceso de despersonalización que puede variar en su gradualidad en la medida que cae el soporte imaginario que busca unidad.

El lienzo sirve de soporte para ciertas distorsiones del yo en donde nacen diversas modalidades de escisión. Se proyecta, en ciertos casos, un yo ficticio que busca cubrir una autoimagen degradada, no aceptada por el propio sujeto, por lo que no tiene la oportunidad de ser socializada y reconocida. Sostiene ciertas similitudes con el libro *El adversario*, de Emmanuel Carrère, al cual hicimos referencia anteriormente, por insistir en el peso de la mirada del otro sobre el sostenimiento del yo (aunque la trama no tenga relación con las redes sociales). El protagonista proyecta voluntariosamente ante sus cercanos, vecinos, etc., un yo ficticio. Por diversas circunstancias se encuentran a punto de descubrir el engaño, por lo que el protagonista se ve obligado a matar a los que descubren su verdad. Si cae el engaño, el otro ya no devuelve ni se fascina por esa proyección. Matar al otro implica, inevitablemente, la muerte de ese aspecto del sí mismo. En este caso existiría una escisión radical entre un aspecto de su yo y su yo ficticio. El asunto es que su yo “verdadero” tampoco tenía existencia ya que no era reconocido. Ni tampoco conocido por el propio protagonista. Al cristalizarse un falso self se impide la emergencia de un self genuino. Actualmente algunos actos suicidas se asocian con ciertas repercusiones que acontecen en el espacio de la socialización digital por el descubrimiento de aspectos del yo que quedaron proyectados a la vista de todos y que, además, adquieren un carácter de eternidad e infinitud en la medida que no se pueden borrar de la red. No existe la posibilidad de desentenderse de esos aspectos del yo. Nos encontramos con situaciones en las que se cuestiona justamente la paradoja, el espacio de la ilusión y de los objetos subjetivos. Si se cuestiona la desmentida, se rigidiza, consecuentemente, la escisión del yo. Cuando se llega al suicidio queda cancelada la paradoja y pareciese no quedar más remedio que eliminar al yo que no tolera su función perceptiva. Lo que antes pertenecía al espacio del juego, pertenece ahora al orden de una percepción inapelable de la realidad. Lo que se ve ahí es inadmisibile. Es una falta que evidencia la castración, que evidencia excesivamente la vulnerabilidad que nos acompaña, nuestra falta de completitud ideal.

Haciendo un paralelo con la ficción propuesta en la novela de Jenaro Prieto *El socio*, los espectros digitales van adquiriendo independencia, pero quedan enlazados de alguna forma al sujeto. La desesperación que lleva al suicidio radica en la experiencia que ese aspecto del yo intolerable para el propio sujeto y su público se implanta como cosa en sí saturando la concepción de la autoimagen. Concepción de la cual el sujeto no se puede desligar. Pero al matar el espectro, por más que se lo sienta como un cuerpo extraño, se mata al sí mismo. El yo deja de apreciar el estatuto de la paradoja y se queda con un aspecto parcial del lienzo digital. Ahí acontece la escisión. El espacio digital que *per se* es del orden de lo parcial, se presenta como una totalidad.

En las diversas situaciones mencionadas los soportes digitales permiten, por un lado, sostener fragmentaciones en el yo, pero impiden, por otro lado, el mantenimiento de una disociación como elemento constitutivo o defensivo necesario para respaldar a dicha instancia. En un caso porque el yo engañoso queda descubierto. En otro, por el no reconocimiento como propio de un aspecto fragmentado del yo puesto en el lienzo y que otros interpretan como tal. En este último caso, algunos aspectos disociados del yo que resultan difíciles de ser reconocidos por la represión se insinúan en las proyecciones en el lienzo digital. Los otros lo advierten, lo devuelven y apuran un proceso de integración que puede resultar, por esta vía, traumático. Esto equivale a pensar el espectro como un doble por alcanzar, luego incorporado e integrado o un doble rechazado por el otro al que se le quita el derecho a existir. La plena escisión se advertiría cuando el doble se transforma para siempre en otro para el sí mismo.

En estos procesos de consolidación identitaria resulta importante que la mirada del otro se posicione desde una cierta distancia para que los desdoblamientos y reconocimientos de las disociaciones del yo acontezcan paulatinamente.

EL LIENZO DIGITAL: UN ESPACIO PARADÓJICO PARA SUS ARTISTAS

Chul-Han nos ofrece una de las posibles paradojas que se desprende de la socialización en el lienzo digital, y señala que “A través de los medios digitales intentamos hoy acercarnos al otro tanto como sea posible, destruir la distancia frente a él, para establecer cercanía. Pero con ello no tenemos nada del otro sino que, más bien, lo hacemos desaparecer. En este sentido, la cercanía es una negatividad en cuanto lleva inscrita una lejanía. Por el contrario, en nuestro tiempo se produce una eliminación total de la lejanía. Pero esta, en lugar de producir

cercanía, la destruye en sentido estricto. En vez de cercanía surge una falta de distancia” (Chul-Han, 2015, p. 25).

Por su parte, Winnicott hacía referencia a la fantasía de ser explotado y, enunciado de otra manera, de ser descubierto. La relación misma con el otro parece requerir una distancia prudente para no fusionarse, eclipsarlo o para no ser sometido. El espacio de lo simbólico, garante de la alteridad y, desde el lenguaje de Winnicott, el espacio transicional permite proteger aspectos privados del self que requieren una distancia infranqueable frente a la realidad externa. El núcleo de la personalidad entendida como el self verdadero o central debe permanecer aislado (Winnicott, 1963). Este narcisismo primario requiere sostener la ilusión de que no existe la separación y que paradójicamente existe la separación con el objeto. El lienzo digital ofrece también la ilusión de tener al otro cerca y lejos a la vez.

Winnicott señala que para el artista se plantea un dilema en la que coexisten dos tendencias: “... la necesidad urgente de comunicarse y la aún más urgente necesidad de no ser descubierto” (Winnicott, 1963, p. 242). El lienzo digital ha ganado un espacio tan primordial debido a la necesidad del ser humano de comunicarse. Este espacio permite, además, guardar anonimato, si uno lo desea, jugando con otras identidades desde las cuales interactuar con los otros. Pero es esa necesidad de no ser descubierto la que no siempre se puede cumplir a cabalidad en el lienzo digital. La obra de arte ofrece una parte del mundo interno del artista de forma velada y transfigurada, similar al trabajo de los sueños a través de la condensación y el desplazamiento (Freud, 1900). Las imposiciones de la transparencia, el solapamiento de lo público y lo privado, de sus ideales de comunicación y la compulsión a exhibir lo íntimo se topan con una mirada omnipotente y omnipresente. Arrasan con un proceso de configuración yoica que requiere una exposición controlada, del reconocimiento de la mirada de un otro, de una construcción sutil en un juego intersubjetivo.

Las experiencias traumáticas que se dan en estos espacios de socialización pueden ser entendidas como intrusiones a ese núcleo que tiene que permanecer aislado frente a la amenaza de ser descubierto. En este sentido, la etapa de la adolescencia requiere de una mezcla entre aislamiento personal como parte de la búsqueda de la identidad y la construcción de modos de ser en el mundo y que la comunicación con este no lleve a la violación del self central. La intrusión traumática equivale además a la represión de potenciales futuros del idioma personal (Bollas, 1997).

Lo íntimo es también la posibilidad de lo oculto. Que el sujeto tenga un lugar en el que se pueda apartar de la mirada del Otro. Sustraerse de su voluntad de

transparencia, de su deseo de cosificar al hombre. Es un lugar que escapa a la mirada del otro y que da la posibilidad de mirarse a uno mismo. Esa contemplación permite entrever su propia opacidad. "Y si bien no es objeto captable bajo la mirada del Otro, no es posible reducir lo íntimo a un lugar en el que, escondido, liberado del Otro, el sujeto se liberaría de él mismo y de toda mirada. Lo íntimo es también el lugar en el que el sujeto se mira interrogativamente y en el que se hace enigma, en el que se revela que no es transparente para sí, en el que se manifiesta su sombra" (Wajcman, 2010, p. 43).

La paradoja se da en la medida en que "se disfruta estando oculto, pero no ser descubierto es un desastre" (Winnicott, 1963, p 243).

REFERENCIAS

1. Poe EA (2013). Tú eres el asesino. William Wilson. Colección confabulaciones. España. Editorial Eneida
2. Bauman Z, Dossal G (2014). El retorno del péndulo. Sobre psicoanálisis y el futuro del mundo líquido. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica
3. Bollas Ch (1989). Fuerzas de destino. Psicoanálisis e idioma humano. Buenos Aires. Amorrortu editores
4. Byung-Chul H (2016). La sociedad del cansancio. España. Editorial Herder
5. Byung-Chul H (2015). La agonía del Eros. España. Editorial Herder
6. Byung-Chul H (2016). La sociedad de la transparencia. España. Editorial Herder
7. Byung-Chul H (2014). En el enjambre. España. Editorial Herder
8. Carrère E (2000). El adversario. España. Editorial Anagrama
9. Elliott A (1995). Psychoanalysis and the seductions of post-modernity: Reflections on reflexive thinking and scanning in self-identity. *Psychoanalysis and contemporary thought* 18(3): 319-361
10. Elliott A, Spezzano C (1996). Psychoanalysis at its limits: Navigating the postmodern turn. *Psychoanalytic Quarterly*, LXV, 52-89
11. Freud S (1900). La interpretación de los sueños. Buenos Aires. Amorrortu editores
12. Freud S (1938). Esquema del psicoanálisis. Buenos Aires. Amorrortu editores
13. Lacan J (1957-1958). Las formaciones del inconsciente, seminario 5. Barcelona. Paidós
14. Lacan J (1949). Escritos 1. El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores
15. Rank O (1932). Don Juan et le doublé. *Essais psychoanalytiques. Bibliothèque virtuelle: Les classiques des sciences sociales*. Université du Québec à Chicoutimi
16. Tisseron S (2011). Intimité et extimité. *Communication (Ecole des hautes études en sciences sociales) Culture du numériques* 88: pp. 83-91
17. Tisseron S (2001). L'intimité surexposée. Paris. Éditions Ramsay
18. Prieto J (1928). El socio. Chile. Ediciones Universidad Diego Portales
19. Wajcman G (2010). El ojo absoluto. Buenos Aires. Manantial
20. Winnicott DW (1951). Objetos y fenómenos transicionales. En: Winnicott DW. (1979). *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Buenos Aires. Paidós
21. Winnicott DW (1960a). La distorsión del Yo en términos de self verdadero y falso. En: Winnicott DW (1993). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires. Paidós
22. Winnicott DW (1963a). El comunicarse y el no comunicarse que conducen a un estudio de ciertos opuestos. En: Winnicott DW (1993). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires. Paidós
23. Winnicott DW (1971). Realidad y juego. Argentina. Gedisa Editorial
24. Winnicott DW (1988). La naturaleza humana. Buenos Aires. Paidós